

que fueron introducidas por el Judaísmo, primeramente á los alejandrinos, y luego á los cabalísticos, y, por la difusión de las ideas orientales, principalmente del ascetismo indo y del dualismo mitad caldeo, mitad persa; tales son los gnósticos, los neopitagóricos y, finalmente, los maniqueos. También podemos contar entre ellos una buena parte de los libros sibilinos.

La otra, que aparece más tarde, bebe sus principios en las ideas cristianas propiamente dichas, pero no sin transformarlas al mezclarlas con la primera corriente. Sus representantes son los neoplatónicos, los únicos, entre todos los pensadores no cristianos, que reconocen francamente el cambio de cosas, y que de él se hacen en realidad dueños. Su influencia déjase sentir largos años. Fueron ellos los más poderosos adversarios del Cristianismo, los únicos que hubo que temer en aquella época. A menudo le causaron grandes perjuicios, pero se recompensó de ellos, á causa de que sus esfuerzos, que fueron, en toda la extensión de la palabra, una lucha á muerte, dieron á los pensadores cristianos de las futuras edades el impulso para una actividad semejante á aquella de que ellos habían dado pruebas en toda especie de investigaciones pertenecientes al dominio de la razón.

Los caminos seguidos por los espíritus de entonces son evidentemente todos nuevos. Se había dado buena cuenta de la antigüedad. El paganismo podía todavía continuar viviendo al lado de este mismo orden de ideas, pero nada tenía que hacer con él, pues no era ya más que una envoltura vacía y muerta. Cuando el antiguo *Hermano Sacristán*, el José II romano, que llevaba por nombre Juliano el Apóstata, creyó poder galvanizar aún el pensamiento y la religión paganos y armonizarlos con el espíritu nuevo, no hizo más que desplegar á los ojos de todos la incapacidad y la miopía de que era verdadera personificación. Diocleciano, verdadero hombre de Estado, el último de la antigua raza, mostróse superior á él en este punto. Sin duda quiso salvar la vieja máquina del Estado, y, para dirigir-

la, el edificio exterior del Paganismo antiguo; pero no se le ocurrió la idea de armonizar con el antiguo espíritu pagano, ideas extrañas y completamente nuevas, como eran las de los pensadores hostiles al Cristianismo. Estimó, es verdad, y favoreció á los filósofos que trabajaban contra el Cristianismo, y aun sometióse en alto grado á su influencia, en las medidas de rigor que dictó contra los cristianos; ⁽¹⁾ pero tuvo buen cuidado, al someterse á ellos por manera mucho más hábil, de no dejar tocar nunca á nada de lo que hubiera podido referirse á la transformación de la antigua religión del Estado pagano.

3. Marco Aurelio es el sepulturero de la antigüedad.

—Precisamente en el momento en que la reacción introducida por Séneca—aquella reacción que tan mal comprendió las necesidades de la época,—pierde sus últimas energías en la arena, como para convencer, por modo mejor al mundo, que necesitaba una renovación completa, vese emerger en la historia de la civilización la figura de aquel hombre que tiene bien merecido el título de sepulturero de la antigüedad, si existe alguno que merezca este nombre. Tal es Marco Aurelio, el último representante de la escuela de los neoestoicos, esos plagarios de la filosofía y de la civilización antigua, la figura cómica en la serie de emperadores romanos, como le llamaba Constantino, ⁽²⁾ el personaje despreciable en la gran tragedia de la historia del mundo, la pobreza y la perplejidad personificadas del antiguo espíritu frente al mundo nuevo que comienza ya á germinar por todas partes. Las últimas palabras que pronunció al morir: «¿Por qué me lloráis? ¿Por qué no preferís pensar en que el mundo entero está apestando y enfermo de muerte?», ⁽³⁾ son el programa de su vida y la mejor clave de bóveda que ha podido encontrarse en el edificio de la antigüedad.

(1) Lactancio, *De mort. persecutor.*, XVI, *Inst.*, V, 2.

(2) Anonymi Continuatio Dionis Cassii *Fragm.*, XV, 2 (Müller, *Frag.*, *hist. Græc.*, IV, 199).

(3) Jul. Capitolino, *M. Antoninus philosophus*, 28.

Compadecemos á este hombre. En lo que le concierne personalmente, no vale mucho más que su generación, pero, por su mal, fué tan mezquino como su época, de tal suerte, que, no sin razón, ha hecho de él su héroe y su representante. Lo que nos da la profundidad del rebajamiento de aquel siglo, es que un espíritu tan pequeño y tan pedante haya podido merecer tal consideración. Lo que hizo su grandeza, fué la inexplicable pobreza y el profundo rebajamiento de su Imperio. Su dicha consistió en verse llamado á gobernar un mundo tan vasto. Si hubiese administrado un pequeño municipio, en el que hubiese podido dar rienda suelta á la estrechez de su corazón, hubiera sido insoportable. Su honor consistió en dejar tras de sí un sucesor tan despreciable como el que dejó. Decíase, es cierto, que sólo le faltó una cosa para que su dicha fuese completa; tener un hijo digno de él; ⁽¹⁾ pero, de hecho, esto fué lo que le valió el sentimiento que siguió á su muerte. Si hubiese tenido por sucesor un Trajano ó un Antonino, su gloria hubiera sido incomparablemente menor de lo que fué en realidad; pero—y esto debe ser considerado como una ironía finísima—en un examen de su vida hecho á sangre fría, dícese de él que «fué un hombre que provocó más asombros que alabanzas». ⁽²⁾

Marco Aurelio era una de esas mezclas extrañas, mitad sanguíneas, mitad flemáticas, que encontramos ya desde los tiempos más antiguos en España, su patria, así como en la historia de la moderna Italia. Un carácter de este temple, se conduce como un niño en el gobierno. No se preocupa de las disposiciones de los demás, ni de la manera cómo los subordinados ejecutan lo que se les ha encargado, ó mejor, lo que se les deja hacer á su costa y riesgo. Con calma imperturbable alejó de sí todas las impresiones desagradables, hizo trabajar á los demás para sí y reivindicó su éxito en provecho propio; se alimentó de

(1) J. Capit., *Ibid.*, 18.

(2) Juan Antioco, *Fragm.*, 116 (Müller, *Frag. hist. Græc.*, IV, 582). Eutrop., VIII, 11 (6).

lo pasado con la idea de que las cosas han marchado siempre bien, y respondía con frases de fría complacencia á todas las indicaciones que se le hacían: «No temáis; todo se hará».

Si lo sanguíneo que hay en él es accesible á todas las ilusiones posibles con relación á su propia fuerza y éxito y á toda especie de explotación por parte de los aduladores, el flemático ve un signo de superioridad en su tendencia á ordenarlo todo según sus opiniones preconcebidas, sin preocuparse del estado real de las cosas, en contradecir las opiniones ajenas, y en envolverse en el misterio por medio de sombras y breves palabras enigmáticas. La vanidad, que el primero pone en procurarse la reputación de hombre justo, agradable á todos, que no interviene jamás en nada por manera molesta, y que no hace mal á nadie, encuentra apoyo admirable en el amor hacia la comodidad del segundo. Aunque lleno de contradicciones, en apariencia, semejante carácter prosigue su marcha con mesura y lógica. Desde luego trabaja activamente para demostrar de hecho cuánto supera á los demás. Luego, poco á poco, el placer que encontraba en la acción disminuye, y da lugar á ese espíritu estéril, que sonríe con aire protector á los esfuerzos mejor intencionados de los otros, los deplora como diligencia inútil, y dice *no* cuando todo el mundo dice *sí*. Finalmente, este aislamiento continuo y este espíritu de contradicción, al fatigarle muy pronto, produce en él un relajamiento completo que trata con frialdad soberbia á los que le indican algún defecto ó la posibilidad de un mejoramiento, y gracias que no tome esto como un ataque personal.

En una familia, en una pequeña sociedad, semejante espíritu es ya una carga pesada para los que le rodean. Al frente de un Estado, en posesión de un poder formidable, puede abrir la vía á la disolución general. El infortunado Luís XV no tenía poco de este carácter, Carlos II algo más, y Federico V, ese pobre rey, cuyo reinado sólo duró un invierno, tenía mucho más. Pero Felipe II es el monar-

ca que lo representa en su más alto grado. Las explosiones de violencia, que Sixto V, su más pronunciada antítesis, tuvo á menudo ocasión de notar en él, ⁽¹⁾ son de gran importancia para apreciar este rasgo.

De intento insistimos sobre este punto, porque, á veces, esta debilidad se complace en cubrirse con el manto de la piedad y causa grandes desgracias, perjudiciales al nombre cristiano. Pero se engaña quien achaque esta pasividad, ó, como se dice fácilmente, este fatalismo, á la creencia cristiana en la Providencia. Lejos de provenir de ella, este espíritu procede, por lo contrario, de la falta de concepción del poder é intervención de Dios en el mundo, así como del orgullo y de la pereza del hombre. Puede este espíritu notarse especialmente en los turcos, cuyo carácter es la realización manifiesta de ese fatalismo.

Pero nadie lo ha desplegado con tanta virtuosidad como Marco Aurelio. Todo lo que los autores nos refieren del carácter del emperador, ⁽²⁾ y todo lo que él nos enseña por sí mismo de su persona, concuerda perfectamente sobre este punto. Vanidoso y mezquino, supo hacer, si quiera fuese al precio de un sacrificio continuo de sí mismo, lo que los grandes hombres son absolutamente incapaces de realizar. Aunque fuese para él un verdadero martirio el cerrar los ojos y ver siempre las cosas por el lado bueno, consentía de buen grado en soportar esta violencia, la cual, contraria á su naturaleza al principio, degeneró poco á poco en habilidad, y acabó por constituir su verdadero natural, porque ella aumentaba su consideración á los ojos del mundo, ⁽³⁾ y lo convertía en favorito de una sociedad que tanta necesidad tenía de indulgencia y que tan reconocida le estaba de verle dejar que las cosas siguiesen tranquilamente su camino.

Los 12 libros de meditaciones que escribió, fueron compuestos, evidentemente, mucho más para la publicidad que

(1) Hübner, *Sixte V*, I, 289, 318, 330, 334 y sig., 341; II, 351

(2) Jul. Capitolin., *Antonin. philosoph.*, XXIX, 19, 26. Vulcatio Gallicano, *Avid. Cass.*, 13.

(3) Vulcacio Gallicano, *Avid. Cass.*, 12.

para sí mismo. ⁽¹⁾ Es difícil juzgarlos y compararlos con otras obras análogas, sin usar de extremada severidad con ellos, pues son de la especie de esas memorias comunes que uno se dirige á sí mismo, para que el mundo no presienta, desde la primera ojeada, que el autor quiere influir en el juicio que se formulará sobre él. Lo que distingue las obras de que hablamos aquí de todas las que se les asemejan, es la vanidad verdaderamente ilimitada que se nota en ellas. Al lado de su autor, el mismo Lamartine, el francés modelo, el hombre maravilloso, es un verdadero malbaratador.

• Apenas si los cuadernos de notas de nuestras señoritas, que despliegan ordinariamente toda su destreza sobre este punto, son tan exactos como los cuadros en que el emperador nos ha dejado sus observaciones personales. Si uno no quiere ser demasiado duro en sus juicios, no es posible comparar este espíritu al que se manifiesta en la vida de Santa Teresa de Jesús.

Este hombre de Estado, este emperador, este general, este filósofo, este hombre de honor, comienza desde luego por describir cómo la dicha más inmerecida no ha hecho más que perseguirle desde su más tierna infancia. Refiere, en seguida la suerte que tuvo de no haber caído nunca en manos de los sofistas, de no haber nunca estudiado la lógica, y de haber encontrado una esposa tan digna, tan sumisa, tan amable, tan sencilla, tan incomparable, ⁽²⁾—quiere decir la horrible Faustina—que le proporcionaba las risotadas de todo el mundo, aun en la escena. ⁽³⁾ Enumera luego,—lanzando naturalmente una mirada furtiva sobre el mundo exterior, para darse cuenta de que sigue sus demostraciones,—por lo menos 111 cualidades y virtudes, en las que se distinguió desde su juventud. Casi se siente uno tentado á creer que no existen tantas como este hombre encuentra reunidas en su persona. Que se contenta

(1) Cf. Marc. Aurel. (Antonin.), *Comment.*, I, 1 y sig., 6, 30, 8 30, 42; 8, 9, 36; 11, 13.—(2) *Comment.*, I, 17.

(3) Jul. Capitolin., *Marc. Aurel.*, XXIX.

con modestas virtudes, no hay que decirlo; glorificase de haberse apropiado desde el principio, un estilo epistolar muy sencillo ⁽¹⁾ y de ponerse al trabajo tras el más violento dolor de cabeza. ⁽²⁾

Presenta en seguida al mundo toda la suma de sabiduría que le han proporcionado sus estudios, su posición y su experiencia.

Conviene prestarle alguna atención sobre esto, pues vale la pena; no se nos ofrece cada día la ocasión de oír á un emperador, colocado en la cumbre del poder y de las grandezas humanas, un sabio, que ha tenido la facilidad de apropiarse todo lo que las ciencias humanas, la vida práctica, las relaciones con los grandes, en una palabra, lo que el mundo entero pueda ofrecer, un príncipe, que de una ojeada abraza y domina todo lo que la tierra ofrecía en su época en lo referente á cultura material é intelectual, un soberano universal, íntimamente convencido de que el estado de cosas no podía ser mejor antes de que los emperadores filosofasen ó de que reinasen los filósofos. ⁽³⁾ Si este hombre no está á la altura de su época, si no es la expresión más exacta y el corifeo más autorizado de su sociedad, ¿en dónde encontrar uno que lo sea?

Pero si lo es, entonces difícilmente podremos representarnos lo excesivamente grande que fué el agotamiento intelectual del mundo antiguo. No perdonaríamos ni á un maestro de escuela, oscurecido en un villorrio, privado de toda suerte de comunicaciones, puntos de vista tan variados, tan estrechos y tan mezquinos.

No hay en él una sola ojeada extensa, un arranque elevado, un pensamiento vasto. Su naturaleza de mujer caduca, ⁽⁴⁾ sus concepciones estrechas y dignas de un pedagogo, ⁽⁵⁾ sobre las cuales sus contemporáneos se expresan ya con desprecio, nos producen repulsión, cualquiera que sea la imparcialidad con que le juzguemos. No es un hombre

(1) *Comment.*, I, 7.—(2) *Ibid.*, I, 16.

(3) Jul. Capitolin., *Antonin. philos.*, XXVII.

(4) Avidio Cassio le llama *philosopham aniculam* (viejo bachiller), Vulcac. Gall. *Avid. Cass.*, I.—(5) *Ibid.*, C. 3, 13.

que ofrezca interés. Sería una verdadera satisfacción para el lector el encontrar en él una sola expresión viril y natural. ⁽¹⁾

Añadamos á esto que repite, hasta producir sueño, las pocas frases gastadas de que se sirve. Remacha, hasta 19 veces, la expresión de que uno debe vivir según la naturaleza. Hemos notado 25 veces en sus escritos el inevitable pensamiento de que la muerte no es nada, y quizás lo hubiéramos encontrado otras muchas, si con aquel número no hubiésemos tenido de sobra. Repite 12 veces el principio del cosmopolitismo universal ⁽²⁾ que eleva hasta la negación de la patria. No escribió más que 12 libros muy cortos, pero en ellos se ha retratado por lo menos 10 veces, si no él, cuando menos su Epicteto, porque sería preciso gran arte para encontrar una sola palabra que no tome de éste. Aunque hubiese compuesto 1.000 libros, no hubiera producido un solo pensamiento personal, sino repetido siempre la misma cosa.

Tal era el dueño del mundo. ¿Serán necesarias todavía pruebas para mostrar que el mundo había llegado al límite de su sabiduría, que la antigüedad había muerto? Nosotros le hubiéramos deseado funerales más dignos de ella que éstos. Por lo menos, hubiéramos deseado que, después de haber sido enterrada por Marco Aurelio con cánticos tan lamentables, no hubiese venido ningún profanador á turbar su reposo.

Desgraciadamente, Marco Aurelio debía tener un sucesor deseoso de imitarle en todo, en vanidad, en estrechez de miras, en el arte del reclamo, ⁽³⁾ salvo, no obstante, el que prefiriese reemplazar al estoico por el sofista. Tal fué el infortunado Juliano el Apóstata, el cual se cree de nuevo llamado á reunir en una sola persona el título de dueño del mundo y de filósofo, y á evocar una vez más, con experiencia de prestidigitador dema-

(1) Merivale, *Geschichte der Römer*, IV, 550, 551.

(2) Marc. Aurel., VI, 36, 44. Cf. Vulc. Gall., *Avid. Cass.*, XIII.

(3) Ammian. Marcellin., XIV, 1. Eutrop., X, 16 (8).

siado atrasado, el espíritu que su maestro ciego, pero honrado, había tan piadosamente hecho desaparecer del mundo á los acentos de la lira. Al cubrir todavía una vez más de confusión á la antigüedad, se hizo poco honor, y sólo merece un mediano reconocimiento, tanto del mundo antiguo como del moderno.

4. Marco Aurelio concilió el estoicismo con el budismo y el espíritu chino.—Ya hemos protestado, y protestamos de nuevo aquí, de que juicio tan severo no alcanza á la persona de Marco Aurelio. No es á éste á quien hacemos responsable, sino á su tiempo y á la filosofía que personifica. Hemos hablado ya del primero, nos resta hablar de la filosofía que representa.

Según la opinión de muchos, es el último y, al mismo tiempo, el más perfecto filósofo de la escuela neoestoica. Esta secta, como es sabido, goza de una predilección no menos grande que el budismo entre los adversarios del Cristianismo. Y derecho tiene para ello, porque el neostoicismo y el budismo—desde luego estoicismo y quietismo son una misma y sola cosa—son la filosofía de la consunción y la religión de la tisis. En ninguna parte aparece esto con más claridad que en Marco Aurelio. Al ojear sus escritos, encontramos al Occidente en una vía de disolución idéntica á la que el budismo había hecho seguir al Oriente quinientos años antes. En cada una de sus palabras, se siente el aliento hético que nos envía la filosofía budista. Á cada instante, vemos el parentesco que hay entre su espíritu y el espíritu indo,—este espíritu de renuncia de la vida—y el optimismo haragán, seco, moroso, pero sin embargo, fiel al deber, del chino. En cuanto á la cuestión de saber si el príncipe An-Thun, ó Jan-Tun, que envió una embajada á China por el año de 166, es ó no nuestro Marco Aurelio, no hacemos hincapié alguno. ⁽¹⁾ En todo caso, bajo él y por él, el Occidente y China diéronse la mano desde el punto de vista intelectual, y en aquella

(1) Richthofen, *China*, I, 512. Ritter, *Erzkunde*, VI, 557. Pauly *Real Encyclop.*, I (2), 1199; VI, 1204.

época manifestóse por manera innegable el parentesco intelectual del espíritu chino con el resultado final de la antigua civilización completa.

De aquí que tengamos doble derecho á llamar á Marco Aurelio el sepulturero de la antigüedad. No es su asesino, porque la antigüedad se suicidó por sí misma; sólo hizo comprobar su caída y poner el sello imperial sobre su tumba. Esto es lo que justifican las palabras de un sabio moderno, que era, no obstante, admirador entusiasta del emperador: «Difícil es leer algo que nos impulse más á la melancolía que sus escritos». ⁽¹⁾ En verdad que uno puede llamar á las obras de Marco Aurelio el testamento de la antigüedad.

Sabemos perfectamente que las ideas que acabamos de exponer escandalizarán á muchas personas, y provocarán la contradicción en todos los que no abandonan de buen grado opiniones del día, predicadas con harta frecuencia y en tono muy elevado. Como es muy natural, incurriremos con mayor motivo en el odio de los que, con Renán, ven en Marco Aurelio el modelo de toda santidad, el más perfecto de los santos, el mejor y más grande de los hombres de su siglo, la personificación de una felicidad elísea sobre la tierra; ⁽²⁾ y aun se creen desligados de todo pudor y de todo miramiento para exponer abiertamente la razón de tales blasfemias. «Era un hombre, dice Renán, que no tenía religión. Todas las cualidades que le hacen tan excelente descansan tan sólo en la naturaleza y en la razón». «Por ésto, concluye, Marco Aurelio es para nosotros el más noble, el más grande y el mejor de los hombres». ⁽³⁾

Pues bien, cuanto menos embarazo se sienta actualmente para deificar al pobre hombre y á su tendencia de espíritu más pobre todavía, mayor necesidad hay de exponer con exactitud la filosofía que representa.

Oigámosle, pues, exponerla por sí mismo, ya que así nadie podrá acusarle de difamarse á sí mismo.

(1) Merivale, IV, 550.

(2) Renán, *Marco Aurelio*, 465, 468, 484, 488, 490.—(3) *Ibid.*, 17.